
UTRECHT.

Desde Amsterdam se suele hacer una excursión á aquella famosa ciudad de Utrecht, de la cual todos hemos pronunciado muchas veces el nombre de muchachos, tratando de grabar en la memoria la fecha de 1713, cuando nos preparábamos para el exámen de Historia.

Se vá á Utrecht—que en sí misma no ofrece nada de particular para el que haya visto otras ciudades holandesas,—se vá, no tanto por curiosidad cuanto por poder luego referir á los lugares vistos el recuerdo de los acontecimientos famosos que se verificaron entre sus muros. Se vá á respirar el aire de la ciudad donde fué realizado el acto más solemne de la historia de Holanda: la alianza de las provincias neerlandesas contra Felipe II; donde se firmó el tratado que devolvió la paz á Europa despues de las guerras formidables de sucesion de España; donde cayó bajo la crueldad del Duque de Alba la cabeza inocente de la octo-

genaria Van Diemen; donde todavía se hallan vivas y elocuentes las memorias de San Bonifacio, Adriano VI, Cárlos V, Luis XIV, y todavía hierve el furor beligerante de los antiguos obispos, infundido en la sangre de los calvinistas ortodoxos y de los católicos ultramontanos.

El camino, saliendo de Amsterdam, pasa del lado de Dimermeer, el *polder* (se llama *polder* el terreno desecado) más profundo de Holanda; flanquea el brazo del Rhin, llamado Vecht, y atravesando por entre quintas y huertas, se llega á la ciudad de Utrecht sentada en medio de una campiña fertilísima, regada por el Rhin, poblada de una red de canales y salpicada de casas y jardines.

Utrecht, como Leiden, tiene el aspecto triste y solemne de una gran ciudad en decadencia; vastas plazas desiertas, grandes calles silenciosas, anchos canales en los cuales se miran casas de forma antigua y de color oscuro. Pero hay una cosa nueva para los extranjeros: los canales son como el Arno en Florencia y el Sena en París, profundamente encajados en las calles que flanquean sus orillas; y bajo las calles hay oficinas, almacenes, tiendas, habitaciones que tienen las puertas sobre el agua, y la calle por techo. La ciudad está circundada de bellas alamedas y hay un paseo famoso que Luis XIV preservó generosamente del vandalismo de sus soldados: una vía

23

larga como de media legua francesa, sombreada por ocho filas de bellísimos tilos.

La historia de la ciudad de Utrecht, está en gran parte identificada con la historia de su catedral, que es acaso de todas las iglesias de Holanda, la que ha sufrido más extraños sucesos.

La fundó hácia el año 720, un obispo de Utrecht; la reconstruyó desde los cimientos otro obispo hácia el promedio del siglo XIII; un huracan la arrancó de cuajo, el 1.º de Agosto de 1674, una gran nave que no volvió á reconstruirse; la devastaron los iconoclastas del siglo XVI; la restituyeron al culto católico los franceses, en el siglo siguiente; restablecieron el culto protestante los holandeses despues de la invasion de Luis XIV; y por último, las estátuas, los altares, las cruces, entraron y salieron, se levantaron y se derribaron, se veneraron ó se vilipendiaron á cada cambio político.

Ciertamente era antes una de las más vastas y más bellas iglesias de Holanda; ahora está desnuda y manca, llena en gran parte de bancos interiores que le dan un aspecto de Cámara de Diputados. El huracan de 1674, al destruir una de sus naves, separó la iglesia de su altísima torre, desde cuya cima se ve con un anteojo de larga vista casi toda la provincia de Holanda, una parte de la Gueldria y de Brabante, Rotterdam, Amsterdam, Boi-le-duc, Leek, el Golfo de Zuiderzee;

mientras un reloj, provisto de cuarenta y dos campanas lanza al aire, al par que el sonido de las horas, la romanza amorosa del conde de Almaviva ó la oracion de los Lombardos en la primera Cruzada.

Al lado de la iglesia se encuentra la célebre Universidad, fundada en 1636, la cual presta todavía á la ciudad, aunque en decadencia como la de Leiden, la vida animada, hasta cierto punto, de su grandeza primitiva.

La Universidad de Leiden tiene un carácter particularmente literario ó científico; la de Utrecht, un carácter religioso que comunica y recibe al propio tiempo de la ciudad que es la sede de la ortodoxia protestante. Por esto se dice que en las calles de Utrecht se ven figuras pálidas y rígidas de puritanos que han desaparecido por completo de otras poblaciones, y que parecen sombras evocadas de otros tiempos.

El pueblo tiene un aspecto más grave que el de otras capitales, los señores afectan una continencia monacal y hasta entre los estudiantes se nota cierta veleidad de vida recogida y penitente, que no excluye la cerveza, las fiestas, los alborozos, ni las malas prácticas.

Además de ser sede de la ortodoxia, es Utrecht una de las más fuertes ciudadelas del catolicismo profesado por veintidos mil de sus habitantes, y nadie puede haber olvidado la tempestad desencadenada en Holanda cuando el Pontífice quiso

restablecer en aquella ciudad la antigua sede episcopal; tormenta por la cual resucitaron amortiguados rencores entre protestantes y católicos, que precipitó el ministerio del famoso Torbecke, pequeño Cavour, de las Provincias Unidas; pero con respecto á religion, Utrech posee una pequeña rareza digna de un museo, un resto arqueológico, curiosísimo; á saber: la sede principal de la secta jansenista, la cual no se encuentra ya en estado de iglesia constituida más que en los Países Bajos, donde cuenta hoy aún treinta comunidades y algunos miles de fieles.

La iglesia, decorada con la sencilla inscripción de *Deo*, se levanta en medio de un grupo de casitas dispuestas en forma de claustro y unidas entre sí por pequeños patios con árboles frutales. Y en aquel retiro silencioso y triste, en el que no había hace muchos años sino una entrada que se cerraba durante la noche, como la puerta de una fortaleza, languidece la decrepita doctrina de Jansenio y resuenan los últimos ecos de sus devotos. Todavía hoy cada nuevo nombramiento de obispo se anuncia al Pontífice regularmente, y regularmente también responde con una bula de excomunión, la cual se lee desde el púlpito y se olvida y sepulta luego. Así, este pequeño Port-Royal, que siente ya el frío y la soledad de la tumba, prolonga su postrera resistencia contra la muerte.

Con respecto á instituciones notables no cuen-

ta Utrecht más que la Casa de Moneda y la escuela de los médicos militares del reino y las colonias. De las antiguas fábricas de aquel bellissimo terciopelo, que fué por espacio de tanto tiempo famosísimo en Europa, no queda ni rastro. Y fuera de la catedral no hay ningun monumento arquitectónico. El palacio municipal, que conserva alguna antigua llave ó algun viejo estandarte, y la mesa sobre la que se firmó la paz de Utrecht, no es sino un edificio de 1830. El palacio real, que no ví, debe ser el más modesto de los palacios reales, puesto que los *ciceroni* holandeses, que no olvidan nada, no me condujeron á visitarlo. Pero este palacio, si no miente la tradicion, fué el testigo de una cómica aventura ocurrida á Napoleon el Grande.

Durante su brevísima residencia en Utrecht, ocupó la alcoba de su hermano Luis, contigua á la sala de baño. Sabido es que donde quiera que iba llevaba consigo un criado, con el exclusivo objeto de que le tuviese preparado un baño á todas las horas del día y de la noche. La en que llegó á Utrecht, de muy mal humor, como le acontecía siempre en Holanda, se fué á la cama y dejó por inadvertencia ó de propósito, abierta la puerta del cuarto. El criado, que era un buen breton, despues de haberle preparado el baño en otra estancia, se fué también á acostar, no muy lejos de la cámara imperial.

Hácia media noche, se despertó el ayuda de

cámara de pronto, molestado por los dolores que imponen al paciente la obligacion de hallar el camino más corto al término deseado. Buscó la puerta, y equivocándose de camino, entró á tientas en la alcoba de Napoleon, y no conociendo bien la casa, en vez de conseguir llegar á la meta de su viaje, tropezó en el primer mueble, derribándole por tierra. Una voz terrible, aquella que á tantos hizo temblar, preguntó de improviso: —¿Quién anda ahí? y el pobre jóven se quedó frio como el mármol, y la voz se ahogó en su garganta; intenta salir por donde entrara, pero no hallando la puerta y temblando como un azogado, tropieza y derriba otro mueble.—¿Quién anda ahí?—repitió el Emperador con voz de Júpiter Tonante, saltando del lecho. Y como nadie contestase, cree Napoleon que es víctima de algun traidor; se lanza sobre el infeliz, llevando por toda arma su gran reloj de plata, con el cual sacudió sendos golpes en la cabeza del desdichado. A los gritos, acude la servidumbre, los chambelanes, los ayudantes de campo, el prefecto de palacio, todos con luces y espadas, y ven... al Gran Napoleon y al pobre criado, ambos en ropas menores y en medio de un campo de Agramante; el uno mirando á su ayuda de cámara, admirado del hecho y sin poder explicárselo, y el otro, á su amo, hincado de rodillas y pidiendo clemencia: era una pantomima de teatro.

Se esparció la voz del suceso en la ciudad, en Holanda, en toda Europa; y como siempre suele acontecer, se alteró la noticia al propagarse, hablándose de un atentado, de una conjuracion, de un asesinato frustrado, de una traicion consumada, de Napoleon enterrado, del Universo descompuesto... cuando la causa de aquel hecho fué solo efecto de la mala cena de un criado.

Pero el Príncipe que dejó más recuerdos en Utrecht, fué Luis XIV.

A este punto dicen los franceses que debe irse para ver el reverso de la medalla del gran Rey; y este reverso de la medalla fué la guerra de 1670, durante la cual permaneció Luis XIV algunos dias en aquella ciudad.

Sobre la medalla de Luis XIV se ha escrito una de las páginas más gloriosas y más poéticas de la historia de Holanda.

Francia é Inglaterra se aliaron para conquistar á Holanda. ¿Por qué causa? No hay razones ningunas. A los Estados Generales que preguntaron un por qué, respondieron los Ministros del Rey de Francia alegando impertinencias de gaceta, y una medalla acuñada en Holanda, con una inscripcion irreverente para la persona de Luis XIV.

El Rey de Inglaterra, por su parte, aduce el pretesto de un cuadro, en el cual se han representado á los barcos ingleses como capturados é incendiados; y además que las flotas de las Pro-

vincias Unidas no saludaron en cierta ocasion á un buque inglés. Se gastan cincuenta millones de pesetas en preparativos de guerra; Francia fleta al mar ochenta navíos cargados de cañones; Inglaterra reúne una flota de cien velas. Al ejército francés compuesto de cien mil soldados, disciplinado y aguerrido, se le aumenta con una artillería formidable, uniéndole el ejército del Obispo de Munster y el del Elector de Colonia que cuenta con veinte mil espadas. Los generales se llaman Condé, Turena, Vauban, Luxemburgo; el Ministro Louvois preside el Estado Mayor; el historiador Pélisson lo sigue con el encargo de describir las acciones: Luis XIV, el Rey más grande del siglo, circundado por su espléndida Casa, escoltado como un monarca asiático, por una falange de gentiles-hombres, cadetes distinguidos, suizos empenachados, cargados de oro y plata, acompaña al ejército. Toda esta fuerza y esta grandeza capaz de aplastar un Imperio inmenso, amenaza á un pequeño país abandonado por todos y no defendido sino por veinte mil soldados y por un Príncipe de veintidos años desprovisto de municiones de guerra, lacerado por las facciones y luchas interiores é infestado de traidores y de espías.

Se ha declarado la guerra; el espléndido ejército del gran Rey, emprende la marcha triunfal, la Europa lo sigue.

Luis XIV, á la cabeza de un ejército de treinta mil soldados, mandados por Turena, esparce oro y favores por el camino que cruza, como si fuera prodigioso númer. Cuatro ciudades caen en poder de este ejército, de un solo golpe, así como todas las fortalezas del Rhin y del Yssel. Los enemigos se desconciertan al lejano aparecer de las vanguardias reales. El ejército invasor pasa el Rhin sin resistencia, y este paso se celebra, cual maravilloso acontecimiento, en el ejército mismo, en París, en todas las ciudades de Francia. Sucumben Doesburgo, Zutten, Arnhem, Nosemburgo, Nimega, Shenk, Bommel; Utrecht manda las llaves de sus puertas al Rey vencedor. A cada hora del dia y de la noche, corre la noticia de una conquista. Ya se han sometido las provincias de la Gueldria y del Over-Yssel. Naerden, próximo á Amsterdam, ha sido tomada. Cuatro caballeros franceses, adelantan hasta las puertas de Muiden, á dos millas de la capital. El país es presa de la asolacion y Amsterdam se prepara á abrir sus puertas á los invasores; los Estados Generales envian cuatro diputados á implorar la clemencia del Rey. ¡Á tal punto ha quedado reducida la República, que era árbitro de los monarcas! Los diputados llegan al campo enemigo, pero el Rey no los admite á su presencia y Louvois los acoje con desden. Por último, se les intiman las condiciones de paz.

Holanda debe ceder todas las provincias de más acá del Rhin, y todas las vías de mar y tierra, por las cuales el enemigo pueda penetrar en el corazón del país; ha de pagar veinte millones de pesetas; abrazar la religion católica; mandar anualmente al Rey de Francia una medalla de oro en la cual se escriba que Holanda debe su libertad á Luis XIV; ha de aceptar las condiciones impuestas por el Rey de Inglaterra, y por los Príncipes de Munster y de Colonia.

La noticia de estas ultrajantes é insoportables pretensiones, hace estallar en Amsterdam el furor de la desesperacion. Los Estados Generales, el patriciado y el pueblo, resuelven defenderse hasta el último extremo. Se rompen los diques de Muiden, que contienen las aguas del mar, y el mar inunda las tierras en toda su extension, siendo saludado con gritos de alegría como un aliado y un salvador. La campiña de Amsterdam, las innumerables alquerías, las florecientes aldeas, Delft, Leiden, todas las ciudades próximas fueron invadidas por las aguas; todo ha cambiado; Amsterdam es una fortaleza circundada por el mar, y defendida por un baluarte de buques; Holanda no es ya un Estado, sino una flota que cuando pierda toda otra esperanza de salvacion, llevará sus riquezas, sus magistrados y el honor de la patria á los remotos puertos de las colonias. ¡Adios caballeros empenachados, artillerías formidables, Es-

tados mayores pomposos, triunfos de teatro! El Almirante Ruyter descompone las flotas de Inglaterra y Francia, asegura las costas de Holanda, introduce la flota mercante de las Indias en el puerto de la isla de Texel; el Príncipe de Orange sacrifica sus riquezas al Estado, inunda otras tierras, sacude la impasibilidad de España, mueve al Gobernador de Flandes á que le mande regimientos, gana el ánimo del Emperador de Alemania, que le envia en su socorro á Montecuccoli á la cabeza de veinte mil soldados, arranca auxilios al Elector de Brandeburgo y dispone á la paz á Inglaterra.

Así mantiene á raya á los franceses hasta el invierno, que cubre á Holanda de hielo y nieve, deteniendo al ejército invasor. Viene la bella estacion, empiezan las batallas navales y de tierra, sonriendo á veces la fortuna á las armas francesas, pero ni los cuidados del gran Rey, ni el génio de sus famosos generales, ni los esfuerzos de su poderoso ejército, sirven para conseguir la victoria sobre la República. Condé intenta en vano penetrar en el corazón de la inundada Holanda; Turenna no puede impedir que el Príncipe de Orange se una con el ejército de Montecuccoli; los holandeses se apoderan de Bonn é invisten al obispo de Munster; el Rey de Inglaterra abandona la liga, y el ejército francés se ve obligado á retirarse de la empresa. La invasion ha sido una

marcha triunfal; la retirada fué precipitada fuga; los arcos de triunfo, levantados en París para celebrar la conquista, todavía sin terminar, se destruyen á la llegada de la vanguardia del deshecho ejército; Luis XIV, á quien sonreía Europa al empezar la guerra, se encuentra, despues de la perdida campaña, en conflicto con la Europa entera. Tal era el triunfo que conseguía la pequeña Holanda sobre el gran monarca; el amor de la pátria sobre el furor de la conquista; la desesperacion sobre la prepotencia; la justicia sobre la fuerza.

A pocas millas de Utrecht, cerca de un bellissimo bosque, se halla situada la aldea de Zeist, á la cual se vá por un camino flanqueado de parques y alquerías, pertenecientes á ricos comerciantes de Rotterdam. En aquel pueblo hay una colonia de los renombrados hermanos de Bohemia ó hermanos Moravos, secta religiosa derivada de la de Valdus y de Juan Huss, que desconcertaron á Europa. Tambien tuve gran deseo de ver á los descendientes directos de aquellos Hussitas y Valdeanos "que fueron quemados en todas las hogueras, colgados en todas las horcas, clavados en todas las cruces, descuartizados en todos los caballos y martirizados en todas las ruedas", é hice una excursion á Zeist.

Esta casa de Moravos se fundó hácia la mitad del siglo último, y contiene cerca de doscien-

tas cincuenta personas entre hombres, mujeres y niños. El aspecto del lugar es austero como la vida de sus habitantes. Hay dos vastos patios separados por ancha calle, cada una de las cuales se cierra por tres lados con un gran edificio severo y desnudo como cuartel. En uno de éstos se hallan los célibes, los casados y las escuelas; en el otro las viudas, las muchachas, la iglesia, el pastor y el jefe de la comunidad. El piso bajo lo ocupan los almacenes, que contienen mercancías; en parte obra de los mismos moravitas, tales como guantes, jabones, bugías, etc., en parte compradas para ser vendidas á precio fijo, y con buena y segura ganancia.

La iglesia consiste en una gran sala con dos tribunas para los extranjeros y toscos bancos para los feligreses. El interior de los edificios se parece al de los conventos. No hay sino largos corredores flanqueados por pequeñas celdas, en las cuales cada hermano vive en profundo recogimiento trabajando y orando.

La vida de ellos es rigurosísima. Profesan, al ménos exteriormente, la confesion de Ausburgo; admiten el pecado original, pero con la fé de que la muerte de Jesucristo ha lavado en absoluto la mancha de la humanidad. Creen que la unidad de la iglesia consiste más en la caridad que debe reunir á todos los discípulos de Cristo en pensamiento y corazon, que no en la uniformidad de la

fé. Practican en cierto sentido la comunidad de los bienes, y forman el tesoro común con ofertas voluntarias. Ejercitan entre ellos todas las profesiones necesarias: médicos, domésticos, oficios, maestros. Los superiores pueden castigar con la reprimenda, con la excomunión y con la expulsión de la comunidad. Las ocupaciones del día se regulan como en un colegio: oraciones, reuniones particulares, lecturas, trabajo, ejercicios religiosos á una hora fija y entre hermanos de determinada clase.

Para dar una idea del orden que reina en esta sociedad, basta indicar, entre otras muchas costumbres extrañas, que el diferente estado de las mujeres se indica con una cinta de color que llevan en la cabeza. Las niñas tienen la cinta color de rosa vivo hasta diez años, encarnado hasta los diez y ocho, rojo pálido hasta el día en que se casan; las mujeres casadas cinta azul, y las viudas cinta blanca.

Así en esta sociedad en que todo se clasifica, se establece y se mide, la vida se desliza como una máquina que marcha regularmente. El hombre se mueve como un autómeta; el reglamento sustituye á la voluntad, y el reloj gobierna el pensamiento. Cuando entré en aquel edificio no ví sino dos criados inmóviles en el dintel de una puerta, y una muchacha con la cinta encarnada en la ventana. Los patios estaban desiertos; no se sen-

tía ni el vuelo de una mosca, no se notaba el menor indicio de vida.

Después de haber mirado un poco de una y otra parte, como se mira en un cementerio á través de las barras del cancel, volví á emprender pensativo y triste el camino de Utrecht.